

MADRE TIERRA Y PADRE MAR

Mariano Sepúlveda Mattus

EL género humano —como tal y como un todo— percibe a la tierra como su matriz. La especie siente, como hechos misteriosos de amor evidente y solícita devoción maternal, que se ha incubado en su seno y que le han amamantado sus linfas.

Por siempre, la tierra ha sido tenida como expresión de fecundidad, de potencia germinal, claustro íntimo de gestación, preservadora de la vida, maestra sabia de los primeros pasos —y de los siguientes— dispensadora del espacio que acoge el reposo mitigador de las fatigas del hombre y piadosa depositaria de sus despojos en la substancia tibia de sus honduras cuando, por fin, al extinguirse el aliento vital de la jornada terrenal, se regresa con humildad a ella.

Cualquiera sea la apreciación teológica, filosófica, científica o cultural desde la cual sean consideradas la génesis, existencia y destino de la vida del hombre en el mundo, la tierra se aparece como suma de fértil, generosa, solícita, sabia y piadosa manifestación del amor materno; sentimiento que, por lo demás, no es sino el estímulo inseparable de la obsesión instintiva, de la necesidad acuciante y de la ancestral ansiedad permanente de ser amado que experimenta el hombre. Preparación atávica para oficiar, en los complejos laboratorios recónditos del alma, la transfiguración del límpido amor recibido de la madre, en aquel otro cuya disposición instintiva de darse atesora, en espera del tiempo de ofrendarse, la esperanza humana de ineludible contribución progenitora a la faena perpetua de la eternidad.

Las madres, hasta la final e irreversible posibilidad de entrega, se dan siempre, sin reserva, a sus hijos; con mayor unción cuando intuyen sus propias carencias o las de ellos. No es la pobreza, en cualquiera de sus formas, límite al amor en trance permanente de generosidad. Imágenes de circunstancias extremas en la historia comprueban como ya, de sí mismas, han alimentado a sus pequeñuelos con los últimos vestigios de sus alientos; y aun apagada la vida, todavía han fluido de sus entrañas los últimos humores, reservados para nutrirlos desde el más allá, como inequívoca muestra de la inextinguible fuerza de su amor. Siempre sus cuerpos son capaces de formar la perfecta oquedad acogedora de sus regazos y sus almas de ofrecer la serenidad cálida y singular de su ternura; ello ocurre así estén soportando acosos agraviantes de entornos inclementes o de las iniquidades aportadas por el mundo.

Así también la tierra, respecto del género humano, desde aquel remoto y arcano instante de su creación.

Por eso se le llama "madre tierra".

Y en ella, entendida como patria, se refunden, consagran y hacen carne de amor las íntimas certezas de pertenencia de sus hijos.

Y es que ello es natural; como también lo es la indisoluble propiedad que se tiene de la madre.

Nadie podría substraerla del ancestral sentimiento vinculante ni conseguir que alguien renunciara a él.

La madre o los hijos podrán distanciarse; ella hasta podrá aceptar un nuevo compañero de su vida; morir, en fin. Pero en tanto madre, jamás dejará de ser propiedad inembargable de sus hijos en cuanto tales.

Análogamente, cuando la dignidad de la patria —madre tierra y encarnación significativa de la

* Sección que presenta al lector cortos textos literarios de clara ambientación marina. Pueden provenir de colaboraciones originales e inéditas, remitidas especialmente, o ser reproducidas de textos aparecidos anteriormente en *Revista de Marina*, o bien extractos de obras ya publicadas que han devenido en verdaderos clásicos en su género.

vocación que los aúna en idéntica y compartida responsabilidad de proyección universal— los convoca a la cruzada de su irrenunciable defensa recibirá de ellos, en retribución natural a su ilimitado amor, la entrega de sus mejores alientos y aun de los postreros. Entonces, la canción de la tierra —canción de madre— susurrará ternura agradecida ante el sueño definitivo, cual arrullo junto a la cuna del pequeño que, cada noche, con el alma serenada, ingresa al imperio desconocido en que florecen los nuevos amaneceres que vendrán.

Pero la creación de la mujer es concebida por el Supremo Hacedor como perfecta satisfacción de la necesidad de dotar al hombre de una compañera, predestinada a recibir en su seno la simiente de la vida, para que en ella germine la divina voluntad de eternidad de la especie humana.

Su designio todopoderoso supone, como parte del perfecto mecanismo dinamizador de su obra, el misterioso proceso desencadenado por la fecundación; suma de actos mediante los cuales se realizan las ineludibles e inalterables etapas germinales de búsqueda y preparación del terreno, siembra de la simiente, protección del embrión, asistencia al alumbramiento y cuidado del almácigo; devociones sin las cuales se haría imposible la persistencia y proyección de la vida.

Desde que el sino y la exaltación trascendente de la mujer es la maternidad —la cual se realiza mediante su fecundación por el hombre en el acto de amor; trance caracterizado por las supremas percepciones de felicidad espiritual y placer físico posibles de experimentar, que han sido puestas por Dios al alcance de los sentidos humanos— se revela como natural identificar, cuando de la madre tierra se trata, al planetario varón que, embargado de éxtasis universal al descubrir las emociones yacentes en las estructuras íntimas de la tierra, asume la divina tarea de fecundarla en cósmicos cubrimientos, expresivos de la atracción instintiva de posesión, procreación y preservación renovadora de su maravillosa entidad. La búsqueda de esa entidad substantiva y fundamental conduce al descubrimiento y comprobación de que como la tierra es fecunda, por ende es madre y que se realiza como tal gracias al flujo de las aguas que concurren a irrigar sus entrañas, penetrando su superficie, permeando su piel, generando la fuerza germinal activadora de todas las reacciones orgánicas de sus componentes biológicos y minerales, convirtiéndola en húmeda pradera dispuesta a la explosión de la vida como alumbramiento y también como sustento de las criaturas así engendradas.

El agua es, pues, el fluido fertilizador que, cual humor seminal, fecunda la tierra al inundar sus matrices geológicas, haciendo florecer las semillas que, contraídas en sus entrañas, aguardan expectante el íntimo contacto misterioso, el toque sutil —mensajero, sin embargo, de la vida— que impulsa la aventura de existir; de ser parte de un instante de la creación.

Y el mar, titán cósmico conformado por los cinco océanos y por el conjunto de los caudales existentes, tributarios todos de su mundial enormidad, es el depositario titular y dueño definitivo de las aguas; originador, dispensador y regulador por lo tanto, de la suma de potencialidades en que se manifiesta su formidable potestad universal.

Luego, es el mar el padre providente de los zumos conductores y de los agentes mismos de la vida; todos contenidos en las aguas que se elevan desde su magnífica potencia masculina hasta las cimas atmosféricas, como sensuales evaporaciones urgidas de amor. Y desde lo alto, hecho lluvia, relumbrando relámpagos y profiriendo truenos posesivos, se precipita sobre la tierra yacente a su vera, que lo acoge plena de espectación y temblorosa de deseo, siempre dispuesta a recibir el encuentro significador de sus facultades progenitoras y garantes de la existencia terrenal.

Tierra y mar; desposorio indisoluble y para siempre, suspendido en la eternidad universal.

Madre tierra y padre mar, concretas e inequívocas expresiones de mundial femineidad y masculinidad, que ya en el proyecto primigenio del Creador —según el cual la fuerza superlativa del amor constituye el impulso capaz de gestar la vida— los declaró marido y mujer. Y los hizo responsables de todas las progenes albergadas en el hogar planetario que ambos han de preservar con infinito amor maternal y perfecto compromiso patriarcal, por los siglos de los siglos.

